

TRABAJO EMOCIONAL Y GÉNERO EN LAS RELACIONES DE PAREJA DE LA JUVENTUD ESPAÑOLA: DESIGUALDADES, FRUSTRACIONES Y DESCONCIERTOS

Ana Vicente Olmo, anavicienteolmo@gmail.com

Grupo de Estudios Socio-culturales Contemporáneos (GRESOCO), UCM.

Palabras clave: pareja, vínculo, cuidados, detalles, conflictos

Resumen: El presente trabajo quiere contribuir a desentrañar y analizar el por qué la relación de pareja es señalada por distintas voces feministas como uno de los espacios en los que más desigualdades de género persisten. Existe un sistema de intercambio emocional asimétrico entre hombres y mujeres en el contexto del vínculo amoroso (Verdú, 2013; Benjamin, 2011; Langford, 1999; Hite, 1995, Duncombe y Marsden, 1993) que despierta conflictos en la medida que las expectativas sobre la calidad emocional de la relación de pareja son altas en la actualidad e implican reciprocidad e igualdad en ese nivel de cuidados, especialmente entre la población joven.

A partir de una serie de reflexiones teóricas y del análisis del material empírico producido en una investigación cualitativa (24 entrevistas en profundidad y 6 grupos de discusión) sobre las representaciones y las prácticas amorosas de la juventud española heterosexual, se indagará en la relación existente entre el género y ciertos cuidados desempeñados en la relación de pareja. En una primera parte se explica qué es el “trabajo emocional” –la principal herramienta conceptual usada en el análisis– en la relación de pareja, un ejercicio teórico y de reflexión que va a permitir posteriormente percibir algunos de los aspectos concretos en los que se materializa ese trabajo emocional o de cuidados en las parejas jóvenes españolas y entender por qué se producen conflictos, frustraciones y desconciertos en relación a esta cuestión. Por último, se muestra también cómo se habitan y gestionan estas situaciones salpicadas por la desigualdad emocional (Duncombe y Marsden, 1993), una tarea fundamental para comprender las tensiones que emergen al contrastar las prácticas cotidianas con los discursos legítimos y modernos del igualitarismo.

Introducción

En la España actual, como en el resto de países occidentales, la pareja ocupa un lugar prioritario en la vida personal y emocional del individuo adulto y se ha convertido en una de las piezas claves en la obtención de la tan ansiada felicidad (Alberdi, 1999: 114), o al menos en el imaginario colectivo. Esta hipertrofia de sus funciones afectivas (Camarero, 2003), que resalta el logro y el objetivo de la felicidad y que toma la pareja como un proyecto vital de realización personal, no puede explicarse sin la expansión de los valores igualitarios. La tendencia a esperar que el amor sea más expresivo y emocionalmente satisfactorio se relaciona directamente con el hecho de que ahora hombres y mujeres tenemos menos motivos económicos para unir nuestras vidas, una situación que incuestionablemente presiona y modifica el ideal de amor hasta poner en el centro de su definición el bienestar emocional de los miembros de la pareja (Hochschild, 2008: 183).

Pero distintos autores han afirmado que existe un sistema de intercambio emocional asimétrico entre hombres y mujeres en el contexto de la relación de pareja heterosexual (Verdú, 2013; Benjamin, 2011; Langford, 1999; Hite, 1995, Duncombe y Marsden, 1993), un hecho que genera conflictos en base a esas expectativas altas que implican el cuidar y “mimar” al vínculo y a la otra persona de forma recíproca, especialmente entre la población joven (Verdú, 2013). ¿Qué ocurre entonces en las interacciones cotidianas de pareja? ¿Por qué distintas voces feministas siguen señalando el amor como un terreno en el que persisten desigualdades de género difíciles de percibir? ¿En qué aspectos específicos se concretan estas desigualdades y por qué es complicado apreciarlas y reconocerlas? Y por último, ¿cuáles son las consecuencias de este intercambio emocional asimétrico y cómo se habita o gestiona en la relación de pareja? El presente trabajo pretende contribuir a responder a estas preguntas, o al menos a clarificar la dirección de los caminos a tomar para ello, a partir de una serie de reflexiones teóricas y del análisis del material empírico producido en una investigación cualitativa sobre las representaciones y las prácticas amorosas de la juventud española heterosexual, en concreto de 24 entrevistas en profundidad y 6 grupos de discusión realizados con varones y mujeres de 20 a 29 años, heterosexuales, de clase media,

nacidos en España y con diversas situaciones de emparejamiento (con y sin pareja y con y sin convivencia).

Un amplio y complejo concepto: el trabajo emocional en la relación de pareja

El concepto de “trabajo emocional” fue acuñado por Hochschild en los años setenta y supuso un hito importante en el reconocimiento del papel que juegan los afectos en las relaciones sociales y los vínculos humanos. Esta autora definió el trabajo emocional¹ como al acto de tratar de cambiar el grado o calidad de una emoción, tanto las propias como las de los demás; una práctica que sin duda implica la gestión de los sentimientos y requiere de interés, dedicación y esfuerzo (Hochschild, 1979: 561-562).

Estos desarrollos teóricos y conceptuales sentaron la base de posteriores investigaciones sobre las desigualdades existentes en el terreno de las relaciones de pareja heterosexuales. Duncombe y Marsden (1993) llevaron a cabo un conocido estudio donde analizaron el lugar de las emociones en la generación de la intimidad, uno de los componentes fundamentales del amor y que más contribuye al bienestar en la relación de pareja (Sternberg, 1988) en este contexto histórico que postula prioritaria la emocionalidad del vínculo. Alcanzar y mantener intimidad requiere “hacer cosas”; el trabajo emocional son las prácticas necesarias para establecer y mantener unas relaciones íntimas cercanas y cuidar el vínculo y los sentimientos ajenos, lo que incluye la expresión del amor y el cariño, entre otras cuestiones (Duncombe y Marsden, 1993). Pero además de la expresión del afecto, ¿qué otras maneras de actuar construyen intimidad y ayudan a cuidar del vínculo y la otra persona?

La teoría feminista ha puesto mucho esfuerzo en los últimos años en identificar las prácticas sociales complejas y múltiples en las que consiste el cuidado a los demás así como la ética de responsabilidad que lo sustenta (Tobío, 2012: 399), si bien apenas existen reflexiones que ayuden a desentrañar la especificidad que adquiere este trabajo

¹ Conviene apuntar que otros autores sostienen una definición de trabajo emocional para referirse a la actitud y el esfuerzo por tratar con los sentimientos de otras personas y no tanto sobre los propios (James, 1989). Recogemos aquí esta cuestión porque quizás esta acepción es la que más conecta con las razones que explican las situaciones de desigualdad emocional que afectan a las relaciones de pareja, tal y como se podrá ver en páginas posteriores.

en un vínculo como el de pareja, donde ese “dar por amor²” que tanto enmaraña las tareas de cuidados adquiere quizás su máxima expresión. Tal y como explica Cristina Vega Solís, el cuidado por la otra persona requiere un compromiso de actuación activo por la generación de su bienestar y una atención concretada en cuestiones como la escucha o la manifestación de empatía hacia aquello que comparte con nosotros/as. La atención es la intensificación de la conciencia en relación a un objeto o persona y es también una disposición ética en la que intervienen los afectos; es orientarse hacia el/la otro/a y esto implica una actitud comunicativa en la que se construye una posición desde la que hablar y afectar, lo que comprende acciones diversas como advertir, acercarse, apoyar, comprender, empatizar o anticipar, entre otras cuestiones (Vega Solís³, 2006). En definitiva, cuidar es una disposición a atender las necesidades del otro (Bubeck, 1995) que conlleva una lógica incorporada y asentada a través del tiempo que se manifiesta como lógica en acto (Novo y Arenas, 2008: 6).

En este trabajo indagamos en cómo se manifiestan esas disposiciones y lógicas a cuidar en el plano emocional de la relación de pareja. Pero antes de pasar a esa tarea conviene apuntar algunas cuestiones. Por un lado, debemos traducir esta argumentación teórica y abstracta a un lenguaje que nos permita captar la materialidad de la vida ordinaria. Por trabajo emocional en la relación de pareja nos referimos a ese conjunto de actitudes y prácticas que se llevan a cabo para que la otra persona se sienta más feliz, segura y apoyada; al expresarle nuestro amor, elogiar su forma de ser, arroparla cuando está triste anticipándose con una actitud de “mimo” proactiva, entre otros ejemplos, lo que buscamos es que esa persona se sienta mejor y sienta que es importante para nosotros. También es trabajo emocional ocuparse de la salud del vínculo, tener una actitud que

2 Como sintetiza Maite Martín Palomo (2008:21) a partir de la revisión de numerosos estudios, existe un gran consenso dentro y fuera de los estudios de género en que los cuidados son trabajos, prestados con/por amor, por dinero o a cambio de bienes materiales o simbólicos, pero trabajo a fin de cuentas. En los cuidados que se ejercen con/por amor son en los que sin duda se torna más difícil reconocer esas actitudes y prácticas como trabajo.

3 Aunque estas reflexiones han sido desarrolladas por Cristina Vega Solís para el estudio del trabajo de cuidados ejercido a domicilio, considero que muchos de estos planteamientos sirven también para desenmarañar lo que es y lo que implica atender y cuidar a alguien en el plano emocional en el contexto de la relación de pareja.

facilite la resolución de los conflictos o hacer cosas para refrescar y fortalecer la intimidad en la pareja⁴.

Por otra parte y tal y como los estudios feministas han puesto de manifiesto, partimos de la premisa de que el género influye fuertemente en el desempeño del trabajo emocional. Las mujeres, en su calidad de personas cuidadoras de los demás y especialistas en la vida privada, trabajan más sobre las emociones ajenas, pues se suelen interesar en mayor medida que los hombres por cómo se encuentran las personas de su alrededor y llevan a cabo más atenciones y cuidados para que éstas se sientan mejor (Hochschild, 2008), muchas veces de forma anticipada sin que medien demandas expresas por parte de estas personas; y es que las disposiciones a cuidar se relacionan fuertemente con el *habitus* de género (McNay, 2000). Las mujeres desarrollan una “ética del cuidado” (Gilligan, 1985) por la que se responsabilizan en mayor medida del bienestar del otro; encarnan una predisposición que las hace receptivas y sensibles a las necesidades de las personas con las que se relacionan, un hecho que como se podrá comprobar influye en las dinámicas y rutinas de las parejas jóvenes heterosexuales a pesar de la aceptación y defensa de valores igualitarios, generándose situaciones donde es palpable la existencia de aquello que Duncombe y Marsden (1993) denominaron “desigualdad emocional⁵”.

Esos insignificantes “detalles”: frustraciones femeninas y desconciertos masculinos

Es interesante comenzar señalando que el esfuerzo que supone mantener una relación amorosa y velar porque haya entendimiento e intimidad es algo que aparece con mucha más insistencia en los discursos femeninos. La afinidad entre el amor y el campo metafórico del trabajo es mayor en los relatos de las mujeres, tal y como también constató Eva Illouz (2009: 274) en su investigación en Norteamérica. En efecto, la idea de que el amor es una construcción que requiere trabajo y dedicación centra mucho

4 La intimidad adquiere un papel tan relevante porque las “reglas de sentimiento” (Hochschild, 2008:144) que guían las definiciones y significados del amor y la relación de pareja entre la gente joven –esas reglas socialmente compartidas que, aunque permanecen latentes en la mayoría de ocasiones, indican cómo queremos y debemos tratar de sentir– apuntan en efecto a un vínculo amoroso comunicativo, íntimo y cálido.

5 Un hecho señalado por autoras expertas en este terreno como Hite (1995) o también Jónasdóttir (1993), quienes concluyen cuestiones similares aunque no usen exactamente este concepto.

menos el debate y la atención en el caso de los varones jóvenes. Estas alusiones desiguales al esfuerzo y al trabajo que requieren las relaciones de pareja explicarían la sensación entre algunas de las entrevistadas de que ellas “tiran más del carro”, pues consideran que invierten más energía en el mantenimiento de este vínculo. El diagnóstico concuerda con la afirmación de Antunes (2007: 614) de que en los estadios posteriores de las relaciones, tras la fase del enamoramiento, las mujeres brindan más tiempo a la preservación del vínculo íntimo, y por ello emerge entre ellas un fuerte consenso en torno a la idea de que la mayoría de chicos “miran menos por la pareja” (GD mujeres). ¿Pero exactamente a qué suelen dedicar más tiempo y energía las chicas? ¿Cómo se materializa ese trabajo?

En ocasiones surgen conflictos en torno a la idea de cómo construir el vínculo a través del tiempo común que la pareja disfruta conjuntamente. Algunas mujeres afirman poner más empeño en compartir el tiempo con sus compañeros y a raíz de ello se generan problemas, pues es común que los varones vivan esta situación como una falta de respeto a su independencia, sentimiento y diagnóstico reforzado y alabado por el marco legitimador de la individualización (Casado, 2014). Estas expectativas divergentes en cuanto a la forma de compartir la vida generan a veces sentimiento de soledad entre las mujeres y la sensación de que efectivamente ellas piensan más en la relación:

“Yo me cabreaba mucho porque él iba a su bola, en ese sentido, porque no quería venir a lo mejor con mis amigos, o porque ponía el trabajo por encima de lo que fuera, entonces a mí eso me enfadaba mucho y él decía que yo siempre quería controlar su vida, y entonces...o sea, nuestra guerra fue esa; luego podíamos discutir ‘ah, no sé qué, quita el lavaplatos’, pero esos eran males menores, la guerra que había entre los dos era esa: que yo quería atraerle más hacia mi vida y él es que estaba muy metido en la suya, y entonces era muy difícil” (Mujer, 27 años, Madrid).

Uno de los objetivos perseguidos en este artículo es descubrir y entender qué prácticas concretas implica el trabajo emocional dentro del vínculo de pareja, y una buena manera de seguir desenmarañando esta opaca cuestión es tirar de la madeja del hilo de los “detalles” hasta revelar la estructura de afectos y cuidados que se enredan en ella. La constante alusión a los “detalles” cuando se habla de la relación de pareja deja constancia de la amplitud y vaguedad de este concepto, pues con una misma palabra se

nombran cuestiones muy diversas; y también nos muestra el escaso reconocimiento social de la importancia y valía de ciertas actitudes y comportamientos relacionados con el cuidado de los vínculos humanos y del bienestar ajeno, pues la propia palabra “detalles” actúa empujando aquello de lo que habla. Estos detalles hacen referencia, sobre todo, a un trabajo de generar intimidad y momentos bonitos que den sentido a la relación de pareja y permitan sentir conexión y romanticismo; es aquí donde debemos situar las frecuentes referencias a los regalos, las sorpresas o las cenas “especiales”, entre otros ejemplos. En efecto, toda esta serie de prácticas pueden englobarse bajo el concepto de trabajo emocional (Hochschild, 1979) en la medida en que persiguen acrecentar el bienestar y la felicidad de la otra persona a través de la manifestación del amor y el cuidado hacia ella. Y como la idea de una relación equitativa, comunicativa y cálida ocupa un lugar fundamental en el imaginario amoroso contemporáneo, las mujeres jóvenes se frustran y se quejan porque consideran que sus compañeros son poco “detallistas”:

“Pues a ver, un poco por mis amigas, lo que veo que les causa conflicto, que a mí también me lo causa, es, en general, cómo los chicos son muy poco detallistas, quizás menos empáticos, menos comprensivos, menos atentos y tienen discusiones pues por cosas así, por: ‘no ha tenido este detalle’ o... temas así” (Mujer, 26 años).

“Yo por ejemplo a Carlos ahora con el tiempo es romántico pero porque muchas veces yo le he dicho ‘joder, es que no tienes detalles, es que...’, todo el día hay que estar un poco detrás de ellos, yo creo [...]; a él, a lo mejor, si no le das un empujón no... que tampoco le vas a decir ‘oye organízame algo’ pero no sé, un poco de sutileza... yo qué sé” (Mujer, 26 años).

Es significativo y sintomático que no se hayan encontrado este tipo de lamentaciones entre los chicos. Algunos de ellos muestran indiferencia ante estos “detalles” porque consideran que son irrelevantes para el funcionamiento y mantenimiento del vínculo. Esta afirmación no niega que la relación de pareja sea una cuestión fundamental para los varones y que haya jóvenes que sí reconozcan la importancia de esos detalles y que los tengan en sus relaciones, como se pudo comprobar en algunas entrevistas; de lo que da cuenta esta constatación es de que quizás la conjunción de la menor centralidad que adquiere la relación de pareja en la identidad masculina, junto al hecho de que los

varones tienen menos desarrollado el rol de cuidadores y las habilidades y hábitos de pensar en el bienestar del otro, les lleva a preocuparse menos por estos aspectos de la generación del vínculo íntimo⁶.

Otros jóvenes sí admiten que efectivamente tienen pocos “detalles” con sus compañeras y que han empezado a ser algo más considerados a raíz de las molestias que han ocasionado por esta desatención. Pero tras la modificación de sus acciones se aprecia un aprendizaje torpe que, aunque mejora la situación, no cumple del todo con las expectativas femeninas, pues las chicas anhelan recibir ciertos cuidados que las hagan sentir mejor sin que sea necesario demandarlos de forma explícita. Es común que los hombres tengan dificultades para entender el deseo de sus parejas por sentirse especiales, en el sentido emocional del término, y cómo esas demandas deben cumplirse de forma tácita y espontánea y no como una respuesta a los requerimientos de ellas (Duncombe y Marsden, 1993: 227); lo que esperan las chicas es una empatía anticipada e incorporada por parte de sus compañeros que les lleve a actuar para que ellas se sientan mejor y sientan la calidez e intimidad del vínculo que les une. Pero como las actitudes y prácticas hacia el cuidado y la percepción de las necesidades de los demás se manifiestan como disposiciones encarnadas, en numerosas ocasiones los chicos no son capaces de actuar de la forma que sus compañeras esperan, es decir, anticipándose, un hecho que provoca frustración y enfado entre las mujeres e incompreensión y desconcierto entre los varones cuando estalla el conflicto y reciben los reproches y regaños de ellas:

“Yo cogía y había fines de semana que venía, le vendaba los ojos y me lo llevaba a una casa rural sin decirle nada, de sorpresa; él nunca hacía nada, o sea, él se lo tenía que dar mascado...él... yo es como dije: terminamos porque él se dejó de preocupar por la relación y a mí me dejó de importar que ya no se preocupara; antes yo me preocupaba mucho y hablaba con él y decía ‘es que esto, jope, pues a ver si lo llevamos así’ pero él: ‘ay, si sabes, ya sabes que te quiero, si ya sabes que estoy bien contigo’, ‘ya, pero necesito que hagas algo’, ‘pero si ya te he regalado esto’, digo: ‘pero es que no quiero que me regales cosas, yo quiero que

⁶ Tal y como nos enseña el psicoanálisis, al comprender las dinámicas emocionales de la infancia temprana se entiende el sentido diferencial de la masculinidad y la feminidad y el por qué puede haber una relación entre la estructura de género y la desigual capacidad en y para la intimidad entre hombres y mujeres (Chodorow, 1984; Benjamin, 1996).

hagas cosas conmigo, no regalos', que los primeros regalos me los hacían mis amigas porque les daba el dinero y les decía 'comprad a María esto', o sea, es que estaba en su mundo de yupi" (Mujer, 28 años).

Como en la investigación de Duncombe y Marsden (1993), los chicos entrevistados tienen respuestas de distinta índole a las demandas de atención y cuidado de sus parejas: hay quienes efectivamente tienen detalles, quienes dan la razón a sus compañeras y tratan de modificar sus comportamientos, quienes admiten tener los mismos sentimientos pese a no saberlos expresar de igual modo, otros que simplemente permanecen desconcertados ante una situación que no terminan de comprender y, por último, quienes se enojan ante la frecuencia constante de unos conflictos y "pollos" de cuyo origen responsabilizan únicamente a las "quisquillosas", "complicadas" e "histéricas" de sus novias, las cuales se enfadan por "chorradas" o "detalles insignificantes".

Pero esos detalles, ¿son sólo "chorradas" o es algo importante? ¿Qué generan y qué significa su presencia? Los detalles denotan una actitud empática de preocupación hacia el bienestar de la otra persona que lleva a hacer cosas (esos "detalles") para proteger y reforzar su bienestar psíquico (Gómez Ferrer, 2002), pues la empatía y la práctica afectiva son instrumentos fundamentales de potencialización al insertarse la atención en procesos de valorización (Vega Solís, 2006). Las disposiciones que orientan hacia el cuidado de las personas quedan con frecuencia (in)definidas y ocultas a través del polisémico y abstracto concepto de "detalle"; una vinculación de sentido que evidencia la escasa conciencia que existe en nuestras sociedades sobre lo que es el trabajo emocional y sobre los beneficios que genera –o los prejuicios ocasionados en su ausencia–. Y esta falta de reconocimiento agudiza el desconcierto de los varones y los movimientos torpes con los que tratan de responder a las demandas femeninas de afecto casi como un sacrificio (Casado, 2014:68) y no porque hayan incorporado ciertas actitudes y prácticas vinculadas al cuidado de los vínculos humanos y del bienestar emocional del otro.

Una última cuestión a introducir en este apartado sobre trabajo emocional es la que hace referencia a las pautas y actitudes que afloran ante la presencia de problemas. Entre las

mujeres aparece de forma más contundente la necesidad de comunicación verbal en el contexto del conflicto, no sólo orientada a la expresión de las propias necesidades sino también a la búsqueda activa del entendimiento entre las dos personas (Verdú, 2013: 177). En cambio, la menor disposición a hablar en el momento que estalla una discusión es una práctica más generalizada entre chicos (“tenía la manía de cuando discutíamos apagaba el móvil y yo me ponía histérica”, mujer, 28 años), una dinámica que reactualiza el “yo-relacional” femenino y el “yo-fortaleza” masculino (Lasén y Casado, 2014). Con frecuencia la reconciliación se logra por medio del acomodo de las mujeres a las necesidades de los hombres, un hecho que termina aminorando y disolviendo el problema e instaurando de nuevo la normalidad. Así, el conflicto se convierte a menudo en un momento que refuerza la autoridad masculina y exige la adaptación⁷ de la mujer para preservar el vínculo (Verdú, 2013: 178):

“Cuando discutimos yo estoy muy callao, yo digo las cosas que tengo que decir, si le parecen bien, bien, si no ...suelo ser muy directo y muy sencillo, si es que no me gustan ni los teatros, ni las discusiones, ni los gritos, ni las tonterías” (Varón, 28 años).

La menor predisposición a hablar da cuenta de nuevo de una menor preocupación por el bienestar de la otra persona y la salud del vínculo, pues esta actitud y práctica afirman el espacio individual y las propias necesidades en detrimento de las de la otra persona (Verdú, 2013:177), una muestra más de que en la empatía –esa capacidad que consiste en ponerse plenamente en el lugar de la otra persona– interviene el *habitus* de género (McNay, 2000); y es que en ocasiones el no querer hablar denota indiferencia o poca responsabilidad ante el desasosiego y angustia de la pareja. En definitiva, hablamos de trabajo emocional porque para lograr la reconciliación se invierte energía y tiempo y el manejo de la situación conflictiva remueve sentimientos con los que hay que lidiar; y hablamos de desigualdad emocional porque en el contexto del conflicto a menudo se viven situaciones asimétricas en las que las mujeres ponen más esfuerzo en comprender las necesidades de la otra persona y adaptarse a ellas que a la inversa.

⁷ En su investigación sobre trabajo emocional, silenciamiento y ética en la pareja, Orly Benjamin (2011) también detectó que las mujeres desarrollaban cierto trabajo emocional en sus relaciones a través de silenciar algunas de sus molestias o problemas para preservar y proteger la relación de pareja o la identidad masculina de sus compañeros por encima de sus propios deseos.

Pero debemos hacer una advertencia antes de proseguir con nuestro análisis. Consideramos fundamental recalcar que las actitudes y prácticas que hemos señalado que generan desigualdad y desequilibrios dentro de la relación de pareja no se pueden asociar de forma automática a mujeres y varones, pues el género es mucho más abierto que una serie de rasgos fijos y además los modelos de masculinidad han sufrido transformaciones hacia un interés y apertura emocional mayor. Por este motivo sabemos que las dinámicas establecidas en algunas relaciones de pareja heterosexuales son justo las contrarias a las señaladas aquí y es el varón quien dedica más tiempo y esfuerzo a la relación y a la generación del bienestar de la otra persona. De lo que quiere dar cuenta este análisis es de que pese a esta fluidificación de las identidades y a la constatación de que el género es una cuestión relacional en continuo movimiento, existe aún una inclinación tendencial mayor por parte de las mujeres al cuidado de las relaciones y de los demás porque esta actitud es fruto de disposiciones arraigadas que se relacionan con la propia forma en la que se consolida la subjetividad femenina a través del lugar que ocupa en ellas el vínculo (Chodorow, 1984).

Una desigualdad escurridiza y molesta: la ambivalencia de las quejas femeninas

Si en las anteriores páginas hemos explicado qué es el trabajo emocional y cómo se plasma en las relaciones de pareja de la juventud española heterosexual, en esta última parte del texto nos ocupamos de la tensión que existe entre normas y prácticas en torno a la (des)igualdad en la pareja y su relación con distintas formas de habitar y convivir con esta desigualdad.

Las cuestiones ligadas al trabajo emocional no se viven de manera uniforme entre todas las mujeres jóvenes. En los ámbitos donde existe cierta conciencia feminista sobre las desigualdades de género es más fácil y probable que se problematice el por qué algunas cosas importantes son llamadas “detalles”, desvelando así la jerarquía naturalizada que resta valor a este tipo de trabajo emocional y que, en última instancia, no es sino otra muestra de una lógica moderna que expresa y conforma los marcos de nuestra experiencia, subordinando los afectos a la razón y denotando así ciertas jerarquías entre órdenes y esferas (Casado, 2014: 66).

“Claro, porque a mí lo que me pasa, a mí lo que me jode mucho es que le damos importancia a cosas muy diferentes; yo en todas mis relaciones le he dado importancia a cosas, a determinados detalles que encima los llamo detalles y a lo mejor son los que hacen la relación y a lo mejor los he seguido llamando detalles cuando son las cosas más importantes” (GD mujeres).

Algunas chicas son conscientes de que los cuidados ejercidos en la pareja suelen generar un bienestar desigual para unos y otras. Esta identificación de las responsabilidades y acciones que conducen al poder en la relación y la superación del sentimiento de culpa es importante para introducir cambios en el sistema de género (Del Valle et al, 2001: 14), pues despierta la conciencia y reflexión sobre algunos aspectos que, de lo contrario, permanecen naturalizados en una mayor medida; el conflicto, al menos, se visibiliza.

En cambio, otras mujeres jóvenes necesitan restarle importancia al hecho de no adherirse en sus prácticas cotidianas al ideal hegemónico e incuestionable de la igualdad de género. Estas justificaciones pueden manifestarse a través de la alusión a estereotipos que dan cuenta de unas identidades de género esencializadas que naturalizan y normalizan las diferencias y desigualdades. Pese al calado de la ideología igualitarista, los agentes sociales movilizamos con frecuencia un sentido de las identidades genéricas en las que se preserva la diferencia entre varones y mujeres como algo natural, (re)construyendo así las posiciones sociales de varones y mujeres como sustancias (García García, 2009: 298):

“Bueno, a ver, es que, es que para mí... a lo mejor dices: ‘mira, eres un poco feminista’ [*risas*], yo que sé, pero los hombres son hombres, y los hombres son un poco limitados y les falta...les falta iniciativa para estas cosas, o lo que hablaba antes: que es que no son tan detallistas como nosotras.” (Mujer, 26 años).

Ante un conflicto o aspecto causante de insatisfacción, algunas mujeres tienden a aceptar determinados tópicos y estereotipos de género que normalizan la desigualdad y justifican la menor implicación de sus parejas, manifestándose esta desigualdad de forma simultánea como el origen del conflicto y la estrategia para solucionarlo (Verdú, 2013: 179). El uso de estereotipos es común en situaciones sociales de estancamiento en

las que se conoce el problema pero no se acaban de articular prácticas distintas, y en estos contextos las generalizaciones estereotipadas suponen un atenuante pasajero que tiene un efecto confirmatorio de esas prácticas cotidianas (Novo y Arenas, 2008: 7).

Otra de las justificaciones que más apareció tras el reconocimiento de que las chicas “dan más” de lo que reciben en la interacción íntima es la alusión a que esta forma de actuar forma parte de su “personalidad”. Las disposiciones femeninas de cuidado y entrega son uno de los enclaves sobre los que pivota la identidad femenina, pero muchas de estas jóvenes explican que esta forma de actuar es una característica idiosincrásica de su propia personalidad. El género se (re)hace de una manera pre-reflexiva y por ello la heteronomía que suele aparecer asociada a la feminidad (García Selgas y Casado Aparicio, 2010) es vivida como una disposición relacional de implicación emocional naturalizada: la responsabilidad afectiva hacia los otros y su bienestar se incorpora (Vega Solís, 2006) y encarna, y la justificación empleada permite compensar su imagen dañada al no adaptarse plenamente a los ideales hegemónicos de la igualdad. Cómo llegar a cierta coherencia entre las expectativas de reciprocidad y la imagen que las mujeres jóvenes proyectan guarda relación con el punto en el que se sitúan en el espectro de la igualdad de género. Cuando se evidencia o reconoce situaciones en la que existe desigualdad son las chicas menos tradicionales y en pareja⁸ en ese momento las que más esfuerzo y empeño ponen en proteger su imagen y la de la relación; en cambio, para las chicas con un perfil algo más tradicional resulta más fácil aceptar de forma explícita cierto grado de desigualdad. Esta cuestión es importante porque muestra que el diálogo con el ideal incuestionable de la igualdad genera adaptaciones dispares en función de los contextos, las subjetividades de género y el grado de tradicionalismo.

Las chicas son las que en mayor medida inician las discusiones y las que se enfadan con más frecuencia, una cuestión que asumen y reconocen tanto ellas como ellos. Pero lo que queremos mostrar aquí es que si bien es apreciable este rol “guerrero” y quejoso, lo interesante es resaltar que la vivencia y expresión de este enojo está atravesada de contradicciones. Algunas de estas chicas se enfadan por ciertos aspectos de su relación

⁸ Este hecho nos alerta de una cuestión metodológica: estudiar la desigualdad entraña ciertas dificultades porque es embarazoso reconocer las desviaciones de una imagen de pareja igualitaria que ejerce presión y atracción. Efectivamente, constatamos que es más complicado que las quejas por la asimetría salgan a la luz en una relación no concluida porque éstas ponen en entredicho la imagen de pareja moderna, justa e igualitaria.

de pareja pero viven con ambivalencia esos disgustos y los conflictos que generan. Asumen que tienen problemas por la desigual implicación en el cuidado de la relación pero no sin sentirse en ocasiones “pesadas” por ser ellas las que siempre inician la discusión; se enojan más, pero a la hora de interpretar ese enfado surgen contradicciones por querer alejarse de la imagen de feminidad vinculada a esa posición incómoda de la que solicita reiteradamente cosas insignificantes y atención (Casado, 2014), y ello les lleva a veces a relativizar sus molestias, quejas y demandas. En cambio, ellos suelen estar conformes con las atenciones que reciben y en el nivel interactivo esta ambivalencia implícita les protege de la ira de sus compañeras (Benjamin, 2011).

La escasa conciencia sobre lo que es el trabajo emocional⁹ y sobre su importancia en las relaciones de pareja explica también la ambivalencia generada alrededor de este tipo de desigualdad. Si la falta de reconocimiento social del papel que tiene el trabajo emocional en el mantenimiento de los vínculos y en la generación de bienestar contextualiza los desconciertos de ellos, en el caso de las mujeres hace que vivan sus enfados y molestias de forma muy contradictoria¹⁰ al no poder afirmar con seguridad y autoridad¹¹ que esta cuestión es fundamental para el vínculo y para la reciprocidad deseada en él. Esta cuestión no es en absoluto baladí porque produce aún más perjuicios para las mujeres, las cuales no sólo es que suelen recibir menos cuidados de los que dispensan sino que, además, viven de una manera problemática su malestar; y es que cómo expresar y nombrar sus sinsabores y quejas, incluso enfadarse, por algo tan insignificante que ni tiene nombre, esos simples “detalles”. Esta falta de legitimidad para vivir y habitar el enfado se ve avalada por el contexto de individualidad reflexiva

⁹ Por ejemplo, el trabajo doméstico ya es reconocido por un amplio sector de la sociedad como un trabajo necesario y fundamental para el mantenimiento de la vida, pero no ocurre lo mismo con el trabajo puramente emocional, pues se desarrolla en un ámbito escurridizo que dificulta captar de qué se trata y qué beneficios genera. Esta cuestión de la imperceptibilidad que rodea al trabajo emocional es importante porque cuanto más se reconoce e identifica una tarea como tal, resulta más sencillo –o al menos legítimo– el manejo de las situaciones conflictivas que afloran en la cotidianidad.

¹⁰ Benjamin (2011) resalta también la ambivalencia con la que las mujeres viven sus arranques de ira con sus compañeros: se enfadan pero al poco tiempo encuentran motivos que restan importancia a su malestar y terminan haciendo más esfuerzo por comprender empáticamente la situación de ellos desplazando así su propio malestar; es un ejemplo de cómo el orden de la interacción pasa con frecuencia por la adaptación femenina a la situación (Casado, 2014: 65).

¹¹ No hay que olvidar que una de las formas por las que opera el poder dentro de la relación es a través de imponer qué es lo posible, lo que está bien o lo que es racional y lógico (Fishman, 1982: 397).

en que vivimos, el cual convierte el respeto al otro y a sus deseos y ritmos (Casado, 2014) en un punto crucial del “contrato” de pareja:

“¿Desequilibrio? sí, creo que yo me vuelco más que las personas con las que he estado hasta ahora; tampoco es algo que pueda reprochar como decía antes porque cada uno da lo que puede dar, ¿no?, pero sí es verdad, yo al principio por ejemplo le escribía más, o le llamaba más o habría pasado más tiempo con él y él es de otra manera, él si te escribe un email te escribe una línea, nunca te envía una carta, no creo que nunca te envíe una postal, nunca vino a verme, por ejemplo...desequilibrios, sí, igual ahí está el error” (Mujer, 27 años).

En resumen, hemos pretendido mostrar que las vivencias de los conflictos y frustraciones que surgen a raíz de la desigualdad emocional están rodeadas de contradicciones, justificaciones y ambivalencia por la presión que ejerce la imagen deseada de pareja igualitaria y porque, además, el trabajo emocional es un terreno muy resbaladizo de difícil reconocimiento tanto para quien lo realiza como para quien lo recibe.

Conclusiones

El presente trabajo ha querido contribuir a explicar por qué la relación de pareja es señalada por distintas voces feministas como uno de los espacios en los que más desigualdades de género persisten. Nos hemos centrado en el análisis de la interacción emocional porque investigaciones previas habían afirmado la existencia de un sistema de intercambio emocional asimétrico en el contexto del vínculo amoroso entre hombres y mujeres (Verdú, 2013; Benjamin, 2011; Langford, 1999; Hite, 1995, Duncombe y Marsden, 1993) y queríamos profundizar en su comprensión. Para ello, hemos reflexionado sobre cómo adaptar y entender el concepto de “trabajo emocional” (Hochschild, 1979) en la relación de pareja, un trabajo que da cuenta de aquellas actitudes y acciones que se orientan al manejo de los sentimientos para fortalecer el vínculo y el bienestar del/a compañero/a. El uso de este concepto puede entenderse como un esfuerzo más por lograr la “domesticación del trabajo” (Martín Palomo, 2008), pues es una muy útil y necesaria propuesta analítica para repensar los distintos trabajos

de cuidados y seguir desbordando con ello el término empleo. Si ha supuesto un gran avance empezar a hablar de cuidados, el trabajo emocional es una herramienta conceptual especialmente adecuada para apuntar directamente a esos elementos materiales, afectivos y morales (Martín Palomo, 2008:21) que se enredan en el manejo de las emociones pasando desapercibidos, una tarea especialmente importante en el ámbito de la relación de pareja porque es probablemente el terreno en el que menos se ha estudiado aún esa barrera difusa entre amar, cuidar y “trabajar”.

Los resultados de esta investigación muestran que es habitual que el trabajo emocional se realice de manera desigual en las parejas jóvenes españolas. En general, las chicas ponen más interés y esfuerzo en hacer cosas o tener “detalles” que contribuyan a alimentar la intimidad en el vínculo y potenciar la dicha de la otra persona. Tras los regalos, las sorpresas o la expresión del amor en cartas y notas (los famosos “detalles”) lo que se encuentra es una disposición incorporada por la que se hacen cosas por el vínculo y por la otra persona sin que medien unas demandas precisas por la contraparte, y es que la disposición hace que se actúe y piense en el otro y en el vínculo con anticipación (Vega Solís, 2006). Esta situación despierta a veces conflictos porque las expectativas sobre la calidad y calidez emocional de la relación de pareja son altas entre la población joven e implican reciprocidad e igualdad, pues formalmente se espera que hombres y mujeres cuiden y “mimen” activamente en igualdad de condiciones. Pero a pesar de esta transformación de la dimensión reguladora de las relaciones afectivas y de las relaciones de género, en el nivel de las prácticas afloran matices que complejizan esta imagen un tanto simplista de la pareja comunicativa e igualitaria.

Como el mantenimiento y cuidado de los vínculos adquiere un lugar distinto en los modelos de masculinidad y feminidad (Baker, 1992), con frecuencia las mujeres jóvenes son más proactivas y se muestran más receptivas a las necesidades ajenas. El material empírico ha constatado que las chicas se quejan más que los varones por descuidos y desconsideraciones de sus compañeros hacia ellas o hacia la relación, pues generalmente ellos “tienen menos detalles” y ellas “tiran más del carro”. Pero lo verdaderamente interesante es resaltar la ambivalencia que genera en ellas estas vivencias frustrantes. Ante la experiencia cotidiana surgen estrategias dispares de adaptación que van desde la asunción del “modelo masculino” más desapegado (Hochschild, 2008) a la reivindicación de que lo necesario es que ellos se sumen en

igualdad a ese trabajo común por la relación y por tener en cuenta al otro, pasando por vías que median entre una y otra opción: aunque se sigan expresando quejas se rebajan las expectativas y se termina “tirando la toalla”. Las estrategias para habitar, entender o justificar esta desigualdad son por tanto múltiples, desde el recurso a estereotipos de género que naturalizan esta diferencia hasta convertirla en un hecho irremediable que hay que aceptar en la relación heterosexual, a la negación de esa desigualdad o su justificación apelando a motivos ajenos al género. Las posturas de los chicos también son variadas: muchos reconocen el hecho de que ellos son menos “detallistas”, “desconsiderados” o “más desastres”, pero otros en cambio muestran confusión ante las demandas de atención y cariño de sus compañeras y algunos otros se enojan. Interacciones ordinarias que hablan de frustraciones femeninas y desconciertos masculinos en relaciones de pareja supuestamente igualitarias; frustraciones en tanto que el acomodo entre los géneros es más molesto (Goffman, 1977) con la expansión del igualitarismo y desconciertos ante el reclamo de una heteronomía de más difícil encarnación desde la posición de varón.

Estos hallazgos y reflexiones enriquecen el debate sociológico contemporáneo sobre la transformación de los vínculos de pareja. Prestigiosos investigadores han enfatizado el cambio producido entre los roles y experiencias de género en la relación íntima en los últimos tiempos (Giddens, 1995). Aunque estas afirmaciones no son falsas es preciso matizarlas, pues el reconocimiento de las mujeres como sujeto productivo, político y deseante (Casado, 2014: 60) no supone automáticamente el derrumbe de las disposiciones de género que articulan las interacciones. Los datos recogidos demuestran que más allá de la racionalización y la reflexión, la relación de pareja se sostiene sobre unos *habitus* de género (McNay, 2000) que inclinan y posicionan a mujeres y hombres de manera desigual hacia el vínculo y el cuidado, lo que incluye también los hábitos comunicativos y empáticos hacia/con la otra persona, algo que es muy importante realizar de forma recíproca y equitativa según el ideal de pareja actual. Los ejemplos mostrados han tratado de captar y perseguir una incomodidad y unas tensiones escurridizas pero arraigadas en las relaciones de pareja heterosexuales. Estrechar los malestares y desconciertos ayuda a completar o matizar el retrato de las parejas igualitarias, pues la comprensión mayoritaria se sostiene en la idea de que las diferencias de género ya no son importantes porque las dos personas de la pareja son individuos libres, pero las mujeres y los hombres hablan, piensan e interactúan en la

relación amorosa dentro de un marco donde el género sigue ejerciendo una influencia considerable (Benjamin, 2011:7).

Este es uno de los motivos que explica precisamente la pervivencia de una desigualdad que es tan obstinada como difícil de comprender y reconocer: más allá de la expansión de expectativas igualitarias en torno a lo que mujeres y hombres desean dar y recibir en su relación de pareja, en el vínculo amoroso se enredan diferencias y desigualdades porque éstas descansan más en la propia dinámica de la configuración de las identidades de género que en la concienciación y reflexión sobre el deseo de igualdad; es una cuestión que tiene más que ver con disposiciones, posiciones y encarnaciones que con la conciencia o el plano racional. De hecho y paradójicamente, la propia extensión del igualitarismo dificulta en ocasiones detectar la desigualdad que aún persiste, pues con él se vuelve más embarazoso su reconocimiento. Es más, lo que detectamos es que, en concordancia con lo ya señalado por Beck y Beck-Gersheim (1998) o Jamieson (1999), a veces son las propias narrativas amorosas las que contribuyen al mantenimiento o la ocultación de algunas desigualdades de género en la pareja al tender a aminorar el conflicto en aras de la complementariedad; y es que el vínculo de pareja y la vida íntima, más que disolver los procesos de diferenciación, son quizás el espacio en que cobran más fuerza las diferencias de género y su naturalización (Goffman, 1977).

En relación a esta cuestión de la difícil visualización de las desigualdades emocionales en las relaciones de pareja, es preciso señalar un último motivo que se combina junto a los ya apuntados en la explicación de la miopía social que existe a la hora de identificar dichas desigualdades. En las sociedades occidentales, asentadas y sostenidas sobre los valores del individualismo y la independencia, hay un reconocimiento social muy escaso sobre el hecho de que el cuidado afectivo de las personas y los vínculos es fundamental en el mantenimiento de las relaciones humanas y en la generación de bienestar. Al contrario de lo que sucede con el trabajo propiamente doméstico, que ya goza de un reconocimiento mayor, este tipo de trabajo afectivo o emocional pende aún de esa invisibilidad que salpica a todo aquello que se hace “por amor” o en función de la “personalidad” de cada cual y ello complica enormemente constatar las desigualdades en su realización, por mucho que la equidad en el dar y recibir sea una expectativa tan fundamental en la relación de pareja, especialmente entre la gente joven. Las distintas tareas de cuidados recogidas bajo el amplio y difuso concepto de “detalles” generan

bienestar y potenciación en la persona que las recibe, pero esta falta de reconocimiento vuelve imperceptibles los beneficios y perjuicios que se enredan en este intercambio asimétrico de atenciones y (des)consideraciones. Estas dificultades que existen para identificar, nombrar o incluso entender en qué consiste este tipo de trabajo que tanto tiene que ver con las disposiciones a cuidar, influyen también en la forma de vivir las situaciones que se crean a su alrededor, pues los malestares y conflictos son encarados desde la contradicción o una legitimidad escurridiza que torna ambivalentes las quejas y demandas femeninas y contribuye al desconcierto de los varones.

Bibliografía

Alberdi, I. (1999). *La nueva familia española*. Madrid: Taurus.

Antunes das Neves, A.S. (2007). As mulheres e os discursos genderizados sobre o amor: a caminho do 'amor confluyente' ou o retorno ao mito do 'amor romantico'. *Estudios Feministas Florianópolis*, 15(3), 609-627.

Baker, J. (1992). *Hacia una nueva psicología de la mujer*. Barcelona: Paidós.

Beck, U., Beck-Gersheim, E. (1998). *El normal caos del amor*. Barcelona: El Roure.

Benjamin, J. (1996). *Los lazos del amor. Psicoanálisis, feminismo y el problema de la dominación*. Madrid: Paidós.

Benjamin, O. (2011). Gender and contesting models of love: Ambivalence as silencing in israeli intimate relationships. *I Global Conference: Gender & Love*. Mansfield College, Oxford, United Kindon (en línea). Http: <http://www.inter-disciplinary.net/wp-content/uploads/2011/08/benjaminpaper.pdf>.

Bubeck, D.E. (1995). *Care, Gender and Justice*. Oxford: Clarendon Press

Camarero, M. (2003). El conflicto cultural entre modelos de relaciones familiares. En E. Bericat, E. (Coord.), *El conflicto cultural en España. Acuerdos y desacuerdos entre los españoles* (pp. 136-203). Madrid: CIS.

Casado, E. (2014). Tramas de género en la comunicación móvil en pareja. En A. Lasén y E. Casado (Eds.), *Mediaciones tecnológicas. Cuerpos, afectos y subjetividades* (pp.57-74).Madrid: UCM y CIS.

Casado E., Lasén, A. (2014). What is disturbing and why not to disturb. On mobile phones, gender, and privacy within heterosexual intimacy. *Mobile Media & Communication*, 2 (3), 249-264.

Chodorow, N. (1984). *El ejercicio de la maternidad*. Barcelona: Gedisa.

Del valle, T. (2001). *Modelos emergentes en los sistemas y las relaciones de género*. Madrid: Narcea.

Duncombe, J. y Marsden, D. (1993). Love and intimacy: the gender division of emotion and 'emotion work': A neglected aspect of sociological discussion of heterosexual relationships. *Sociology*, 27 (2), 221-241.

Fishman, P.M. (1982). Interaction: The Work Women Do. *Social Problems*, 25, 397-406.

García García, A. A. (2009). *Modelos de identidad masculina: representaciones y encarnaciones de la virilidad en España (1960-2000)*. Tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid.

García Selgas, F., Casado Aparicio, E. (2010). *Violencia en la pareja: género y vínculo*. Madrid: Talasa.

Giddens, A. (1995). *La transformación de la intimidad. Sexualidad, amor y erotismo en las sociedades modernas*. Madrid: Cátedra.

Gilligan, C. (1985). *La moral y la teoría. Psicología del desarrollo femenino*. México: Fondo de Cultura Económica.

Goffman, E. (1977). The arrangement between the sexes. *Theory and Society*, 4(3), 301-331.

Gómez Ferrer, G. (2002). *Hombres y mujeres: el difícil camino hacia la igualdad*. Madrid: Instituto de Investigaciones Feministas, UCM.

Hite, S. (1995). *Informe Hite sobre mujeres y amor*. Barcelona: Paidós.

Hochschild, A. (1979). Emotion Work, Feeling Rules and Social Structure. *American Journal of Sociology*, 85(3), 551–75.

Hochschild, A. (2008). *La mercantilización de la vida íntima. Apuntes de la casa y el trabajo*. Buenos aires: Katz.

Illouz, E. (2009). *El consumo de la utopía romántica. El amor y las contradicciones culturales del capitalismo*. Buenos Aires: Katz.

James, N. (1989). Emotional Labour: Skill and Work in the Social Regulation of Feelings. *The Sociological Review*, 37(1),15-42.

Jamieson, L. (1999). Intimacy transformed? A critical look at the “Pure relationship”. *Sociology*, 33(3), 477-494.

Jónasdóttir, A. (1993). *El poder del amor. ¿Le importa el sexo a la democracia?* Madrid: Cátedra.

Langford, W. (1999). *Revolutions of the heart. Gender, power and the delusions of love*. London/New York: Routledge.

Martín Palomo, M.T. (2008). Domesticar el trabajo: una reflexión a partir de los cuidados. *Cuadernos de Relaciones Laborales*, 26(2),13-44.

McNay, L. (2000). *Reconfiguring the subject in Feminist and Social Theory*. Cambridge: Polity Press.

Novo, M. A., Arenas, M. (2008). Mediaciones sociales que comprometen al amor en los jóvenes. *Revista Digital Universitaria*, 9(11), 1-13.

Sternberg, R. J. (1988). *The Triangle of Love: Intimacy, Passion, Commitment*. New York: Basic Books.

Tobío, C. (2012). Cuidado o identidad de género. De las madres que trabajan a los hombres que cuidan. *Revista Internacional de Sociología*, 70(2), 399-422.

Vega Solís, C. (2006). *Subjetividades en tránsito en los servicios de atención y cuidado. Aproximaciones desde el feminismo*. Barcelona: Diputación de Barcelona (en línea). https://www.diba.cat/documents/233376/233762/dones-descarrega-publicacions-atencion_cuidados_04-pdf.pdf

Verdú, A.D. (2013). Género y conflicto en las relaciones de pareja heterosexuales: la desigualdad emocional. *Cuestiones de género: de la igualdad y la diferencia*. 8: 165-181.